

Un Jardinero de Parravon

Brian Craig

Esta historia me fue relatada, dijo el narrador, por un hombre de Parravon en la lejana Bretonnia. Él le dijo que no tenía a ningún deseo de empeorar la mala reputación que la ciudad que le vio nacer poseía, pero que no le importaba llevar sólo el peso de la especulación acerca de que su antiguo amigo Armand Carriere estaba o no tan loco como todo el mundo prefería creer.

Ya habéis oído hablar de Parravon, y conocéis de ella lo que todo el mundo conoce. Sabéis que se alza al lado del gran río Grismarie al pie de las Grey Mountains. No ignoráis que es una villa próspera, cuyos ricos pobladores son muchos y muy devotos de las artes, como todos los hombres cuando no precisan de trabajar para vivir y deben hallar una placentera manera de pasar el tiempo. También sabéis que la hermosa faz que la ciudad presenta de día lleva una fea máscara cuando la oscuridad desciende, y que se dice que extrañas y malignas cosas rondan las calles...

El hombre que contaba esta historia, cuyo nombre era Phillippe Lebel, recomendó que aquellos que pudiesen tener ocasión de escucharla debían tener presentes otras características de la ciudad, que no figuran tan evidentemente en su reputación, pero que tienen ciertamente relevancia en esta historia.

En primer lugar, llamó la atención de los oyentes acerca del hecho de que los barrancos y peñascos de las cimas calizas que se elevan alrededor de la ciudad constituyen lugar de anidamiento para muchos tipos de pájaros, y entre ellos se incluyen muchos que no se ven en ningún otro lugar del Old World.

Águilas han sido vistas en las cimas más altas, y se ha dicho que incluso aves fénix y firebirds han anidado allí. También se dice que muchas de las criaturas que surcan esos cielos por la noche no son pájaros ni murciélagos, sino otras cosas aladas.

En segundo lugar, recordó a los oyentes del relato que entre las artes en las que se solazaban las clases elevadas de Parravon y una de las que se sienten más orgullosos, consiste en la construcción de hermosos y exóticos jardines, y que no es en ningún modo extraordinario que muchos hombres de la ciudad hayan dedicado completamente sus vidas al cultivo de flores raras y especiales.

En tercer lugar, mencionó que a pesar de que la gente de la urbe es aparentemente ortodoxa en su religión, venerando dioses familiares, otros tipos de culto se llevan a cabo en secreto. Hay druidas en las colinas vecinas, cuyas misteriosas ceremonias son seguidas por parte de la población humilde de Parravon - y hay también *otros dioses*, quizá incluso más antiguos, cuya veneración está prohibida en todo el Old World, cuya verdadera naturaleza nadie conoce y muy pocos se atreven a contemplar, pero cuya influencia en los asuntos de los hombres es a veces sentida en incidentes de una naturaleza especialmente horrible, y que pueden suceder al incauto y al desafortunado por igual.

Phillippe Lebel conocía a Armand Carriere desde pequeño, y sin embargo nunca le había realmente *conocido*. A pesar de que sus padres eran todos respetables comerciantes de grano, Phillippe y Armand eran muy diferentes. Allí donde el primero se esforzaba en seguir los convencionalismos y en encajar en la sociedad de sus tutores, el segundo se mantenía apartado, hallando cualquier cosa normal aburrida. Llegó a imaginarse a si mismo como un artista de variados talentos, si bien era igual de torpe como pintor, poeta y jardinero, y Phillippe a menudo pensaba que el "arte" de su amigo era simplemente una habilidad de ver el mundo desde un extraño ángulo, desde el que semejaba más mágico y maligno. Se sentía atraído por todo lo inusual y arcano.

Con el auxilio de su peculiar percepción, Armand podría haber llegado a convertirse en un aprendiz de mago, mas sus padres nunca quisieron ni oír hablar de ello, y él se excusaba de ir en contra de sus deseos - y en consecuencia de ser eliminado del testamento de su padre - declarando que los magos de Parravon eran en todo caso un mísero y pobre ejemplo, mucho menos poderosos de lo que ellos declaraban ser (Aquellos de vosotros que habéis viajado sabréis que ésta es una opinión generalizada: los magos cercanos, si son medidos por la grandeza de sus logros, siempre parecen mucho menos poderosos de lo que declaran ser, y mucho menos fascinantes que magos más lejanos cuyas habilidades sólo pueden ser medidas por los rumores y la reputación).

Las tendencias del joven Carriere ofendieron a su familia, pero se salvó de la desgracia total

trabajando duro para dominar las artes de la lectura y la escritura, que su padre analfabeto recomendaba sobre la base de que podían ser muy útiles en el comercio. Armand, por su parte no tenía ninguna intención de emplear esas artes de manera tan vulgar; su intención era entretenerse con libros de cuestionable carácter, para hallar en ellos los secretos del arte arcano.

La casa de los Carriere era alta, construida sobre la cima de una pequeña colina. La habitación de Armand era considerada como pobre, construida justo bajo los aleros del tejado en la parte de la casa en la que nunca daba el sol. A él le gustaba, a pesar de todo, puesto que la suya era la única ventana que se abría en esa dirección, sobre la parte más salvaje de la colina, en la que crecían abundantes matas de espinos.

Sólo otro edificio daba a esa parte de la colina: era una especie de torre situada en el otro extremo, rodeada de árboles oscuros y de un jardín rodeado de unos setos muy altos. Desde pequeño Armand había creído que un misterio envolvía aquella solitaria casa y su jardín - cuyos setos eran tan anómalamente altos como para impedir la entrada de los rayos del sol, excepto por un corto período de tiempo cerca de mediodía.

Mientras Armand estudiaba sus libros y practicaba su escritura, a menudo se sentaba cerca de la ventana de su habitación, y ocasionalmente miraba aquellos setos. Sabía que las plantas que crecían en el jardín debían ser curiosas, en parte porque el jardín recibía tan poca luz cada día - y por tanto seguramente contenía las plantas capaces de adaptarse a tal régimen - pero en parte debido a que el seto estaba claramente diseñado para mantener a raya a las miradas curiosas. En una o dos ocasiones, siendo niños, él y Phillippe habían cruzado el mar de espinos para alcanzar los límites del jardín (puesto que ningún sendero había que uniese las dos casas), mas nunca habían podido ver lo que escondían.

Lo que Armand podía *ver*, sin embargo, era un extraño tráfico entre el jardín y las peñas en las que los pájaros de Parravon hacían sus nidos.

Muchos de los jardineros de Parravon consideraban a los pájaros sus enemigos, porque descendían a sus jardines a recoger las semillas recién sembradas, o porque estropeaban las hermosas flores con sus excrementos, o porque devoraban las frutas que crecían en los arbustos. El jardinero de la casa-torre semejaba ser una excepción, puesto que nunca pudo ver ningún signo de que los pájaros estuviesen siendo asustados, si bien parecía que llegaban al jardín en números considerables, especialmente en las horas en las que el jardín estaba privado de la luz del sol. Al atardecer, cuando los pájaros de Parravon empezaban a volar en círculos sobre los tejados de las casas, llamándose entre sí con chillidos estridentes al tiempo que se unían en bandadas para volver a sus nidos, los pájaros que visitaban éste jardín se elevaban más tranquilamente, uno cada vez, y se iban al morir el día.

Y cada vez que Armand presenciaba este fenómeno, más y más se convencía que muchos más pájaros llegaban al jardín que no de él se iban.

Armand llamó la atención a Phillippe Lebel sobre este punto en más de una ocasión, pero Phillippe creía que su amigo estaba intentando crear un misterio donde ninguno existía, y no le prestaba atención. Esta falta de interés sirvió sólo para que Armand se sintiese más inclinado a encontrar un misterio real, y empezó a buscar en las páginas de sus libros constancia de la existencia de plantas carnívoras capaces de atrapar pájaros. Halló relatos de varios viajeros que contenían creíbles descripciones de plantas que atrapaban insectos, y relatos más bien increíbles que hablaban de plantas que devoraban hombres, pero ningún indicio de que hubiese plantas que se alimentasen de pájaros.

Investigando la parte de la colina de más allá de la casa-torre descubrió que no había ninguna carretera que llegase a su puerta, sino tan sólo un sendero. Armand empezó a acechar al fondo de aquel sendero, esperando poder ver alguna vez al propietario de la casa - cuyo nombre, según le había dicho rudamente su padre, era Garpard Gruiller. Cuando Armand pidió más información su padre simplemente le dijo que no sabía más, y dejó muy claro que los hombres honestos no curiosean en los asuntos de sus vecinos.

Armand pronto descubrió que Gruiller salía de su solitario refugio sólo dos o tres veces cada semana, llevando consigo dos grandes sacos que llevaba al mercado y llenaba de comida. Empezó a estudiar a su hombre, desde lejos, y en dos ocasiones le siguió hasta dentro de la ciudad para estudiarlo en sus asuntos. Gruiller era alto y calvo, con ojos muy oscuros pero que parecían anormalmente agudos y brillantes - mas si se percató de que Armand le observaba nunca dio ninguna señal de ello.

Armand preguntó a varios de los comerciantes que trataban con Gruiller acerca de qué sabían de él, pero ninguno pudo decirle qué tipo de hombre era, o cómo se ganaba su sustento, o a qué dioses elevaba sus plegarias. Ninguno de los comerciantes le dijo nada en contra de su cliente, pero en una ocasión Armand vio a una zíngara realizar un signo cuando él pasaba, que interpretó como una defensa contra el mal de ojo.

Esto pudo no significar nada en absoluto, pues las zíngaras están siempre ansiosas de alejar de sí cualquier conjuro que a menudo realizan esos signos sin ninguna provocación o razón aparente, pero Armand se sintió impulsado a ver en ello que *ella* tenía en efecto una razón para hacerlo. Sabía que con frecuencia los zíngaros eran seguidores de la Old Faith, y empezó a elucubrar sobre si este Gaspard Gruiller podía ser conocido como un mal hombre por los druidas - y quizá uno más listo que cualquier de los que en la ciudad declaraban a los cuatro vientos su habilidad como hechiceros.

En una o dos ocasiones, cuando sabía que Gruiller no se hallaba en casa Armand se acercaba a la solitaria casa y miraba a través de sus ventanas. Intentaba mirar también a través de los setos, como cuando era un chico, pero eran muy espesos y muy altos, y no pudo ver más de lo que de pequeño había visto. Podía oír algo al otro lado, y lo que oía era un ruido como el que podían hacer los pájaros al agitar sus alas entre las hojas de los arbustos, o incluso el sonido de sus voces cuando charlan entre sí. Estos sonidos alimentaron su curiosidad tan tentadoramente que empezó a anhelar descubrir más, y este apetito suyo creció día a día, hasta que determinó que algún día debía encontrar algún modo de mirar en ese jardín, para ver qué sucedía en él en las horas de la mañana y del crepúsculo.

Asimismo fue también típico de su forma de pensar el que nunca considerase el tomar un camino directo, intentando llegar a conocer personalmente a Gaspard Gruiller de modo que pudiese pedirle luego de forma legítima acerca de qué plantas realmente contenía el jardín.

Armand sabía que debía trepar mucho más alto si pretendía ver por encima de los setos del enigmático jardín, y para ello sólo existía una única manera que pronto le fue evidente. Ninguna habitación había por encima de donde él habitaba, mas el edificio tenía un tejado muy empinado de color rojo, e incluso una chimenea, que le podían ofrecer unos doce o trece pies adicionales de altura si sólo conseguía escalarlos.

Dado que esto parecía bastante arriesgado, requirió la ayuda de su amigo Phillippe, pidiéndole que asegurase una cuerda en su habitación y que la fuese soltando yarda a yarda conforme él fuese escalando, de tal modo que si caía la cuerda le salvaría de contraer heridas graves. Phillippe se avino a ello a desgana, y esperó impaciente cuando Armand empezó a trepar, preguntándose qué excusa podría dar a la familia Carriere en caso de que la escapada no fuese bien. Mas no debió preocuparse mucho por ello, dado que Armand pronto volvió por la ventana intacto, en un estado de excitación.

"¿Qué fue lo que viste?" preguntó Phillippe, enredado por primera vez en las hebras del misterio.

"No pude ver mucho," replicó Armand, "pero algo más de lo que hasta ahora había visto. Hay una construcción de enrejado - quizá un quiosco, si bien sólo he visto la parte superior del mismo - que es más largo que ancho, teniendo en un extremo la casa y en el otro un espacio abierto. El enrejado se parece a aquél que se apoya a menudo en las paredes para ayudar a las rosas a trepar, pero no puedo decirte si escondían o no una pared. El techo de esta construcción soporta flores muy variadas - flores gigantes, con capullos como trompetas. Hay pájaros por allí, paseándose."

"¿Y viste a esas flores capturar y devorar a los desafortunados pajarillos?" preguntó Phillippe.

"No," admitió Armand. "Mas nunca hasta ahora había visto flores como esas, y estoy seguro de que hay algo extraño en ellas."

"Oh Armand," dijo su amigo, "¿no estás satisfecho? ¿Debes aún insistir en que a pesar de que lo que has visto es según tus propias palabras algo ordinario, aquello que no puedes ver debe ser algo insólito en su exotismo?"

"Los *pájaros* son vulgares," replicó Armand insistentemente. "Pero su situación no lo es. Nunca antes había visto las flores, ni tampoco una estructura semejante para soportarlas. ¿Qué placer puede proporcionarle a un jardinero el colocar sus mejores flores en el tejado de una estructura donde no las puede ver?"

"Ah," dijo Phillippe, "pero *puede* verlas, ¿o acaso no, desde las ventanas más altas de su propia casa? Y tú mismo has dicho que el jardín recibe muy poca luz del sol - ¿no es entonces probable que el único propósito de esta estructura sea el elevar las flores para que puedan recibirla?"

Si este discurso tenía como propósito el conseguir que la mente de Armand dejase de preocuparse, falló en su propósito, puesto que Armand había dejado de escuchar. En lugar de ello, estaba mirando a la casa de Gaspard Gruiller a través de su ventana.

Phillippe se puso a su lado, para ver qué miraba su amigo, y vio las portezuelas de una ventana que miraba en esta dirección - que estaban cerradas tan sólo unos minutos antes - ahora abiertas. Un hombre estaba de pie frente a la ventana, tal y como Armand estaba frente a la suya, y estaba observando la casa de los Carriere. Philippe se apartó de la ventana reflexivamente, pero no pudo evitar echar una ojeada por el ángulo de la ventana para ver qué podía suceder.

Luego de estar allí por unos momentos más, Gruiller se fue, dejando las portezuelas abiertas.

"¡Debe haberte visto en el tejado!" dijo Phillippe.

"Supongo que sí," replicó Armand. "Pero ¿y qué? ¿un hombre puede trepar al tejado de su propia casa, si quiere!". A pesar de la bravuconada, la faz de Armand estaba pálida y preocupada; era como si toda su excitación se hubiese tornado por mediación de aquella fría mirada en ansiedad.

"Aún así," murmuró Armand tan bajo que a su compañero le costó bastante captar las

palabras. "Hay algún secreto alrededor de aquel jardín, y me encantaría saber cuál es. Me siento atraído por él, como si me hubiese hechizado."

"Sólo es un jardín," dijo Phillippe. "Y de ningún modo el único en Parravon que contiene flores especiales por lo que su amo se esfuerza en protegerlo de ladrones potenciales."

* * *

Esa noche, Armand cerró firmemente las portezuelas de su ventana como siempre había hecho - y como todos hacen en Parravon, siempre que tengan un mínimo de sentido común. Pero mientras dormía tuvo un extraño sueño, en el que oía golpecitos en esas portezuelas, y el ruido suave del batir de unas alas, y el agudo ruido que harían unas garras al rozar la otra cara de las portezuelas.

Si hubiese estado despierto, Armand se habría llevado las manos a los oídos y habría esperado a que llegase la mañana, ya que sabía que se rumoreaba que había monstruos merodeando por la noche en esa ciudad. Mas no estaba despierto, y en su sueño se alzó de la cama y fue a la ventana. Allí abrió las portezuelas y miró osadamente a la noche estrellada, de un modo como nunca habría osado hacer hasta entonces.

En el sueño se sorprendió de la encantada claridad que las estrellas daban, y mientras miraba a través de esa imperfecta claridad vio sombras negras moviéndose en ella - siniestros seres voladores nocturnos mucho mayores que los pájaros que poblaban el cielo diurno.

Si bien no podía seguir a las sombras cuando éstas daban vueltas y se alzaban en el cielo estrellado, se convenció de que era alrededor del techo de la casa-torre que se reunían. Y cuando miró a la casa-torre vio que la ventana desde la que Gaspard Gruiller había mirado estaba abierta, y un resplandor rojizo surgía de su interior, y que alguien estaba allí mirando afuera, tal y como hacía Armand - quizá Gruiller, quizá otro. Había una extraña fragancia en el aire, como un perfume exótico, que le intoxicaba cuando lo olía, y que le hacía creer que casi podía volar.

* * *

Al día siguiente, cuando intentó recordar su sueño, pudo recordarlo justo hasta ese punto, mas no más allá - no recordaba qué sucedió después, si algo había sucedido en absoluto. Cuanto pudo recordar narró

a Phillippe Lebel, y se sintió fuera de sí cuando lo contó, tanto que defendió ferozmente que los seres volantes nocturnos que vio eran demasiado enormes para ser pájaros vulgares. Podían ser, tal y como aseguró a Phillippe, cualquier *cosa*.

"Bien," dijo Phillippe, " y ¿qué importa? En nuestros sueños podemos ver lo que queramos. Nos encontramos con más demonios allí que nunca podríamos en la vida cotidiana."

Armand no se sintió ofendido por este comentario, pero sencillamente llevó a su amigo hasta la ventana, donde las portezuelas habían sido abiertas para permitir la entrada de la luz del sol. Empujó una de las portezuelas hasta que estuvo cerrada e invitó a su amigo a mirar por el hueco de la ventana para ver el aspecto de la cara externa de la misma. Luego repitió el procedimiento con la otra portezuela para permitir una inspección semejante.

Phillippe vio que había tres grandes marcas en la madera, extendidas sobre las dos portezuelas, y cuando midió su anchura con su mano se estremeció al pensar en qué tipo de garra podía haber dejado tales marcas.

"Pero después de todo," dijo Phillippe, "incluso si el sonido era real, el resto es sólo un sueño - porque en realidad no te levantaste de la cama ni abriste las portezuelas, ¿no?"

"¿No lo hice?" contestó Armand, misteriosamente. Pero luego, tras un instante de duda, abrió las portezuelas de nuevo. "Tienes razón," dijo. "No lo hice - y seguramente nunca lo haría."

Armand intentó apartar a Garpard Gruiller de sus pensamientos el resto del día, y volvió con un nuevo ánimo al estudio del libro que había hallado y que decía muchas cosas acerca de la Old Faith. Intentó no pensar en el jardín, pero no podía evitar detenerse en cada referencia a flores, no fuera que pasase por alto alguna información clave acerca de la naturaleza de las flores que había visto sobre el entramado del jardín escondido. Mas demasiadas flores eran mencionadas en relación al culto de la Old Faith, con escasas descripciones como para permitirle identificarlas.

La siguiente noche, y la siguiente, durmió pésimamente. En una o dos ocasiones creyó oír el batir de alas, mas nada rozó las portezuelas de su ventana ni dejó huellas sobre ellas. No soñó - de hecho, parecía que siempre que iba a sumergirse en un sueño, se despertaba y podía darse la vuelta y seguir estando despierto.

De día intentaba decirse a sí mismo que había hecho todo lo posible por esclarecer el misterio, y que debía sentirse satisfecho y dejarlo estar. Incluso casi llegó a convencerse de que ya estaba harto del jardín de Gruiller, y no se preocupó en adelante más por ello. Mas esto era falso, y no podría aguantar la prueba de la tentación.

Tres días después de la expedición al tejado Armand y Phillippe caminaban por la calle, enfrascados en la conversación, cuando súbitamente hallaron su camino bloqueado. Cuando alzaron la mirada para ver quién se les había acercado, se sorprendieron en demasía al reconocer a Gruiller.

"Tú eres el hijo de Carriere, ¿no?" dijo, dirigiéndose a Armand, tras dirigir una breve pero cortés sonrisa a Phillippe. "Creo que eres mi más cercano vecino. Y estás interesado en mi jardín."

Todo el color abandonó las mejillas de Armand, y estaba demasiado sorprendido como para contestar.

"Me encantaría mostrártelo ahora que la estación idónea ha llegado," prosiguió Gruiller, amablemente. "A los pájaros les encanta visitarlo, como habrás podido apreciar."

Armand todavía parecía poco dispuesto a contestar, por lo que Phillippe intervino, diciendo algo inciertamente: "Sois muy amable señor. A Armand y a mí mismo nos encantará admirar vuestras flores."

Gruiller respondió con una leve inclinación. "El momento no es *exactamente* el más adecuado todavía," dijo. "Creo que veréis las flores en su mejor momento dentro de tres días. Me gustaría que las viérais entonces."

"¿Debemos acudir al mediodía?" preguntó Phillippe.

"Eso estaría muy bien," replicó el otro, inclinándose de nuevo y prosiguiendo su camino.

"Bien," dijo Phillippe orgullosamente a su amigo silencioso, "he aquí justamente lo que te hacía falta para que dejes de pensar en ese jardín de una vez para siempre. Veremos ese jardín, y el misterio desaparecerá. Mas pienso que deberías haber hablado tu mismo con él - parece un individuo bastante agradable, después de todo."

Armand parecía a punto de manifestar una opinión distinta, pero al fin sólo asintió, y dijo: "Quizá todo sea para bien. Iremos juntos, y veremos lo que haya que ver."

* * *

A la hora convenida, Phillippe y Armand se dirigieron por el sendero hasta la casa de Gaspard Gruiller. Armand había informado a su padre de la invitación, y nuevamente había requerido de su padre toda la información que supiese sobre su vecino, pero el viejo Carriere simplemente se encogió de hombros y dijo que los hombres de negocios no tenían derecho a inmiscuirse en los asuntos de los demás a no ser que se sospechase de su crédito, y por lo que él sabía, Gaspard Gruiller no tenía deudas importantes.

Cuando Armand llamó a la puerta recibió contestación inmediatamente, y Gruiller les llevó a través de su casa a una puerta lateral que era la entrada al jardín. Las habitaciones por las que pasaron estaban bien amuebladas, y la calidad de las alfombras y tapices sugería que Gruiller no era pobre, pero no había ninguna pista acerca de su ocupación. No se demoraron en la casa, pasando rápidamente al jardín.

Cuando cruzaron la puerta del jardín una visión tal les alcanzó los ojos que Phillippe no pudo evitar sofocar una exclamación y Armand soltar un ruido de sorpresa.

Como ya habían descubierto la pieza central del jardín era una construcción rectangular de enrejado, que formaba una especie de túnel, que conducía del portal en el que se hallaban a un espacio abierto al otro extremo del jardín. Este túnel ahora se extendía ante ellos, por lo que lo veían por dentro. Tenía varias oberturas a los lados y por arriba, y dado que el sol estaba alto en el cielo las ventanas del techo permitían la entrada de chorros de luz que dibujaban su forma sobre las piedras del pavimento, como si marcasen escalones.

No había hojas verdes ni flores de colores dentro del túnel. Sus paredes estaban cubiertas de zarcillos, de color blanco o rosa pálido. La mayor parte de estos zarcillos estaban quietos, pero algunos vibraban si bien nada los movía. Una minoría sin embargo tenían una ocupación muy curiosa, pues estaban enrollados alrededor de los cuerpecillos inmóviles de pajarillos muertos, moviéndose incesantemente mientras jugueteaban con su presa y la arrastraban por la pared.

Mientras miraban, Phillippe y Armand vieron a un pajarillo que venía del exterior posarse sobre el marco de una de las oberturas y mirando al interior del túnel con evidentemente curiosidad, como si se preguntase si era cierto que hubiese ido a parar a un paraíso semejante tan lleno de gusanillos comestibles. Mas al instante empezó a mover sus alitas frenéticamente intentando elevarse de nuevo en el aire, cuando se dio cuenta de que sus diminutas patitas habían sido cogidas. En unos treinta segundos los zarcillos lo habían

arrastrado al interior del túnel.

Sus aleteos duraron poco, si bien Phillippe no pudo decir qué fue exactamente lo que lo mató.

Gruiller no dijo nada al principio, sino que simplemente observaba a sus invitados, sonriéndose ante su confusión. Finalmente dijo: "Sé que no habéis visto nada semejante con anterioridad, amigos míos. Nada semejante hay en ningún otro jardín de Parravon. Pero ésta no es una bonita imagen, y estoy seguro de que preferiréis admirar las hermosas flores."

Condujo a los dos jóvenes al exterior del arco, donde pudieron ver los troncos de las plantas hundidos en el suelo, y las hojas verde pálido que rodeaban los capullos gigantes. Las flores más próximas crecían justo por encima del nivel de la cabeza, y poco follaje había más abajo porque recibía muy poca luz del sol. Las plantas crecían vigorosamente, pero el enrejado que las aguantaba era visible entre los tallos, si bien en el interior estaba camuflado por la gran abundancia de zarcillos.

Muchos pájaros revoloteaban por el jardín. Todos eran - tal y como Armand había visto desde el tejado de su propia casa - totalmente vulgares. Erraban sin propósito alguno por todas partes, como si también ellos fuesen visitantes invitados para disfrutar de la belleza de las flores. Nadie les molestaba mientras se posaban en las ramas externas, pero tan pronto como se posaban en alguna de las ventanas, al alcance de los tentáculos pálidos, eran capturados y arrastrados al interior, sin emitir ni un grito de alarma.

Las flores, como ya había visto Armand, eran de muy distintos colores, pero todas de la misma forma. Cada flor tenía el tamaño de una cabeza humana, con la forma de una campana, con un estilo ceroso y brillante que mas bien semejaba (Phillippe no pudo evitar darse cuenta) un órgano sexual masculino - pero no había estambres alrededor de estos estilos a no ser que estuviesen recónditamente escondidos en los más ocultos recesos de las campanas.

"Estas flores son muy raras," dijo Garpard Gruiller les aseguró. "Nada semejante hallaréis en Bretonnia, salvo quizá en los más interno de los bosques salvajes. En ningún lugar del mundo, creo, hay tantas reunidas como aquí, porque estas plantas son normalmente solitarias. El arco es de mi propio diseño, y estoy orgulloso de ello - sabía que medidas poco usuales debían ser tomadas si estas hermosas plantas debían ser persuadidas de crecer en una profusión como ésta. Quizá Parravon es el único lugar en el mundo donde esto pueda ser realizado - ¿dónde sino podrían encontrarse tantos pájaros estúpidos?"

Ninguno de sus invitados supo qué contestarle, pero esta vez fue Armand y no Phillippe quien recuperó el habla. "Son muy hermosas," admitió. Se estiró para alcanzar a tocar una, y con su dedo recorrió el

borde de la campana. Luego tocó el extremo del estilo - cosa que habría llenado de embarazo a Phillippe, dada su forma - pero retiró su mano rápidamente, con un gesto de sorpresa. Miró la punta de su dedo, donde había una minúscula gota de líquido, rojo como sangre.

"No te preocupes," dijo Gaspard Gruiller. "Cuando las flores están en su punto, producen un delicioso néctar." Se estiró alcanzando a otra flor, de modo que su manga se arremangó y dejó al descubierto un brazo muy flaco, y Phillippe se sorprendió al ver que su mano era algo deforme, y que sus dedos parecían las garras de un pájaro. Gruiller hizo lo que Armand había hecho, y retiró el dedo de la flor con una gota de líquido rojo en la punta. Se llevó el dedo a la boca, lamiendo el líquido con la punta de la lengua.

"Es dulce," dijo. "Por favor, probadlo. No os causará ningún daño."

Armand dudó, pero luego sacó la lengua y tocó con ella el líquido.

"Oh, sí," dijo, con sorpresa evidente. "Muy dulce, de veras."

Ambos miraron a Phillippe, invitándolo a probar el experimento por si mismo, pero él desvió la mirada, pretendiendo no darse cuenta.

Mientras esto sucedía, habían estado andando a lo largo de la pared de flores, y ahora habían llegado al extremo más alejado del arco, al espacio abierto que separaba el enrejado del seto. Allí crecían en toco círculo cinco cosas destacables que parecían setas gigantes, todas con un pie quitinoso y grueso y con un sombrero ancho de color negro y plata. Su color era tan extraño que Phillippe al principio pensó que estaban labrados en la piedra, pero al acercarse se percató de que tenían la textura de un hongo carnoso. No quiso tocar ninguno sólo por asegurarse, pero Armand no se contuvo y puso la mano sobre el más cercano.

"¡Está caliente!" dijo sorprendido.

"Algo desagradable," dijo Gruiller, "pero no todo lo raro y precioso es hermoso, y éstos no son más abundantes que mis amadas flores. No son tan atractivos a los pájaros, pero tienen su propio lugar en la obra de la Naturaleza, como todas las cosas."

Este pequeño discurso recordó a Phillippe la antigua convicción de Armand de que Gruiller era conocido a los seguidores de la Old Faith, y se preguntó si el hombre podía ser un druida, que cultivaba esas extrañas especies a causa de alguna virtud que poseían, pero éste no era el tipo de asunto que podía traerle a

conversación educadamente, y por ello se contuvo.

Mientras Gruiller les conducía de nuevo a la casa dijo: "Estoy seguro de que creéis que mi jardín es extraño, y así es. Quizá penséis que es cruel dejar crecer plantas que se alimentan de pájaros, pero son unas flores muy hermosas, ¿no lo son? Y Parravon tiene pájaros en abundancia, como debéis convenir conmigo. Hay espacio suficiente en el ancho mundo para muchos jardines distintos, y para muchos tipos distintos de belleza."

Después de esto, les observó mientras caminaban por el sendero que llevaba a la ciudad, pero él ya se había escondido en su casa cuando ellos doblaron el recodo del camino que discurría alrededor de la colina, mientras volvían a la casa en que vivía Armand.

* * *

Phillippe estaba ansioso por discutir lo que habían visto en el jardín de Gaspard Gruiller, pero Armand no se sintió inclinado a satisfacerle. Phillippe estaba sorprendido acerca de que la loca hipótesis de Armand sobre el destino de los pájaros que visitaban el jardín fuese cierta al fin y al cabo, y le pareció un rumor digno de ser difundido (dado que Gruiller no les pidió que mantuvieran silencio acerca de lo que vieron). Armand, por otra parte, parecía desear sólo soledad y la compañía de sus libros, por lo que Phillippe pronto le dejó solo.

Cuando cayó la noche, Armand cerró y reforzó los postigos de las ventanas como siempre hacía, y se fue a la cama en un estado parecido al del cansancio total. Esta vez, sin embargo, el sueño lo reclamó inmediatamente, y no se resistió a su llamada. Más tarde fue a contarle a Phillippe que creía haber dormido por mucho tiempo sin soñar hasta que tuvo una pesadilla terrible.

Esta pesadilla empezó, como su sueño peculiar de unos días atrás, con el sonido de algo intentando ganar acceso a su ventana - primero con suaves golpecitos como si pidiese que le abriese los postigos, y luego el sonido de unas uñas arañando la madera.

Al fin, explicó Armand, en el sueño se alzó de la cama y fue a la ventana, abriendo los postigos totalmente. Allí, colgado cabeza abajo del alero como un murciélago gigante, había una monstruosa criatura con alas de plumaje de vivos colores y un rostro parecido al de un hombre, con gruesos y grasientos

labios. Su cuerpo semejaba el de un pájaro desplumado, su piel manchada, y sus extremidades (de las cuales cuatro además de las alas pudo contar) eran como las patas de las águilas, escamosas y con garras.

Esta criatura tomó a Armand y lo elevó como si pesase nada en absoluto - pero este acto no fue hostil, casi parecía protector, puesto que mientras el demonio se elevaba en el aire acercó a Armand a su pecho como una madre acerca a su hijo. Temeroso de caer, Armand rodeó con sus brazos la cintura de la peculiar criatura, como si aceptase y devolviese el abrazo. Dijo que a través de la piel del demonio podía notar mientras volaba el batir de sus poderosos músculos en su pecho, donde su cara estaba presionada contra la piel.

Ningún pezón había sobre ese pecho del que un hijo pudiese mamar, dijo también.

El vuelo fue muy corto, pues sólo le llevó al otro extremo del risco, donde se alzaba la casa de Gaspard Gruiller, con la ventana que daba a su casa abierta de par en par y brillantemente iluminada, como si la torre fuese un faro para las insidiosas criaturas que acechaban en Parravon por la noche.

Armand fue llevado hasta el jardín de detrás de la casa, y se encontró en el espacio que había entre el final del arco y las cinco grandes setas gigantes, que no formaban un círculo - como Armand las viera ahora - sino un pentáculo.

Dentro del pentáculo había una criatura como la que le había llevado hasta allí, pero mucho más grande, siendo casi tan alta como el extraño seto. Sus bastas alas estaban emplumadas como las del legendario firebird, brillando con un fuego interior, en gloriosos colores oro y rojo. Sus grandes brazos estaban estirados, con las garras abiertas como para atrapar la luz plateada de las estrellas. Sus delgadas piernas tenían pies aplanados como los de una gallina, por lo que podía estar de pie en el suelo en lugar de buscar un tronco para reposar como sus compañeros más pequeños debían hacer.

La expresión de su cara, cuando miró a Armand, era paradójica, pues la cara - así lo dijo Armand - era la más horrible que Armand pudiese haber imaginado, con horribles ojos inyectados en sangre y una nariz como un pico enorme y serrado, montada encima de una boca repleta de dientes afilados.

Y sin embargo, dijo Armand, la mirada de esos horribles ojos no era hambrienta sino satisfecha; y la lengua negra que pululaba de forma serpenteante entre los dientes no lamía los labios como si anticipase una sabrosa comida, sino intrigándole con sus pequeños movimientos como una madre puede intrigar a un pequeñuelo con gestos amistosos.

Cuando Armand hubo continuado esta inspección por unos minutos, Armand se sintió de nuevo llevado por los aires, y llevado hasta el techo del arco que era donde las más brillantes de las flores y las mejores de ellas crecían, y le dejó suavemente entre ellas, en el centro de una multitud de demonios posados.

Ya sabía lo que debía hacer, e inclinó su cabeza inmediatamente hasta una flor succulenta, llevando el estilo central al interior de su boca, chupando codiciosamente la leche que en su interior había, cuidadosamente preparada por las flores maravillosas de la tierna carne de los pájaros capturados.

El sabor, dijo Armand, era el más dulce que podía imaginarse - si bien a la mesa de su padre, en la que había comido toda su vida, había sido siempre bien abastecida de deliciosas especialidades dulces como la de cualquier otro comerciante rico de Parravon.

* * *

Cuando Armand relató este sueño a Phillippe le dijo que había habido más, y que su loca aventura debió prolongarse por espacio de muchas horas, pero el resto de ella escapaba al poder de su memoria de vigilia, y no podía ser recordado.

Phillippe se mostró mucho más interesado por este sueño que no por el primero que Armand relató. Casi estaba dispuesto a creer que algo espantoso rodeaba el jardín que visitaron, y que Gaspard Gruiller podía realmente haber firmado algún morboso pacto con los demonios de Parravon. Y aún así, se decía a sí mismo mientras escuchaba el febril relato de Armand, que un sueño no es más que un sueño, y que los batientes de la ventana no habían sido abiertos - ni tampoco había nuevos arañazos en su cara exterior.

Con estas dudas en la mente, Phillippe le dijo a Armand que su pesadilla, si bien podía parecer escalofriante, no debía ser tomada en serio como una revelación. Quizá, sugirió, el sueño había sido algo parecido a un escape, por la que toda la ansiedad que Armand había ido almacenando en su mente había escapado finalmente.

Armand despreció esta explicación de plano.

"Hay más," dijo excitado, "pues cuando me levanté esta mañana y leí mi libro, descubrí por fin el pasaje que había estado buscando - el pasaje que permite explicar qué tipo de cosas son esas monstruosas

flores, y que terrible daño pueden causar."

Y diciendo esto, Armand puso el libro abierto ante su amigo. Mas Phillippe no podía leer, y Armand se vio obligado a decir en voz alta lo que allí estaba escrito.

"Los seguidores de la Old Faith," citó, "creen que cada elemento vivo del mundo natural está destinado a alimentar a otros."

"Tal y como la flor alimenta a la abeja que hará miel para el oso, la hoja alimenta a la oruga que más tarde volará como una cosa de colores vistosos, que alimentará al pájaro que alimentará al halcón, que con el tiempo caerá a la tierra, como también cae el oso, para alimentar a las cosas diminutas que pueblan el fértil suelo, de donde las raíces sacan alimento para nutrir a la flor y a la hoja."

"Así es como todo lo que vive es nacido de la tierra y el mar y el aire, y con el tiempo debe regresar a la tierra y al mar y al aire, para que todos sean renovados, por siempre y sin pausa ni final."

"Pero los seguidores de la Old Faith dicen también que hay un mal en el mundo, que busca corromper el tejido del destino. Hay un mal que altera a la flor y la hoja para que se conviertan en la comida de *demonios*, para así esparcir la simiente del *caos* en el mundo."

"Aquellos que creen esto tienen la siguiente advertencia para el incauto: *Cuidaros de la traicionera belleza de lo que es alimento de demonios, pues si bien alberga la leche del éxtasis, promete la destrucción.*"

Cuando oyó esto, Phillippe Lebel sintió un escalofrío en el corazón, y por un momento vio el mundo como Armand lo veía: como un lugar peculiar y mágico lleno de amenazas y confusiones, en el que ningún hombre podía vivir confortablemente y a salvo. No era el tipo de mundo en el que él deseaba pasar el resto de sus días.

"¿Acaso no puedes ver," dijo Armand, "que Gruiller cuida su jardín para el disfrute de los demonios, que vuelan allí de noche? No puedo decirte si él es su sirviente o su señor, o qué parte tiene él que ver en las otras horribles cosas que tienen lugar por la noche en Parravon, mas esto sí sé: ¡el alma de ese hombre ya no le pertenece, y su jardín es una cosa lo bastante vil como para horrorizar la mente de cualquier hombre honesto!"

Mas Phillippe no estaba de acuerdo con esto. "Armand," dijo creyendo verdaderamente que alargaba una mano para salvar a su compañero de temores infundados, "nada de esto tiene sentido. La Old Faith es para los zingaros y para los salvajes de los bosques. Nosotros somos de la ciudad, y tenemos mejores dioses que nos guíen. Los excelentes jardineros de Parravon nos han mostrado que las flores de la naturaleza están allí para ser domesticadas, dispuestas y ordenadas a nuestro placer. Gaspard Gruiller no es más que un jardinero al fin y al cabo. No intenta hacer de su jardín un secreto, sino que voluntariamente nos llevó hasta él para mostrarnos la razón de su orgullo en su logro. Deja ese libro, te lo ruego, y toma otro, que te muestre el buen hacer del mercader y las artes del hombre civilizado."

Phillippe dijo que su amigo le miró larga y duramente, pero nada dijo, y finalmente dejó el libro a un lado. Ambos se dirigieron a la ventana, para contemplar a través de la colina la casa-torre y el alto y oscuro seto que rodeaba su jardín.

"¿Jugamos realmente sobre esta colina cuando éramos niños?" preguntó Phillippe, con una leve sonrisa. "Los espinos serían seguramente más escasos entonces, pues estoy seguro de que ahora no podríamos encontrar un camino entre ellos."

"Fue hace mucho tiempo," replicó Armand. "Y éramos niños entonces, muy distintos de aquello en que nos hemos convertido."

* * *

Temprano, la mañana siguiente, la madre de Armand subió a su habitación para buscarle, pues no había bajado a desayunar. Halló la habitación vacía, con la cama deshecha y los postigos de la ventana abiertos de par en par. Fue a la ventana y miró afuera, e inmediatamente vio el cuerpo de su hijo, a poca distancia de la pared, profundamente hundido en las entrañas de un arbusto espinoso.

No fue fácil alcanzar el cuerpo, y el anciano Carriere tuvo que pedir ayuda a sus vecinos para abrir un nuevo camino hasta él. Phillippe fue uno de los que ayudó en este duro trabajo, y por lo tanto fue capaz de ver el cuerpo de su amigo antes de que fuese retirado - con grandes dificultades - del arbusto.

Estaba claro que Armand había caído en el arbusto desde mucha altura, y la única hipótesis creíble que podía ofrecerse como explicación era que había abierto los postigos de su ventana, trepó al alféizar, y se proyectó al vacío desde él con un salto prodigioso, que le entregó irremisiblemente a su destino.

Las espinas habían perforado el cuerpo en muchos lugares, empujados por la violencia del choque con el cuerpo, y cuando finalmente le sacaron del arbusto vieron que apenas quedaba una pulgada de su cuerpo intacta.

Era como si hubiese sido desgarrado y perforado por enormes garras viciosas.

Cuando la compañía regresó a la casa de los Carriere, Phillippe les contó todo lo que sabía acerca de los sueños que Armand había sufrido, y de su visita al extraño jardín de Gaspard Gruiller.

Como que era la primera vez que contaba la historia ésta resultó bastante más confusa que la que acabáis justo de oír, mas seguramente no habría ninguna diferencia si cada detalle hubiese estado en el lugar que le correspondía, porque se trataba de ciudadanos y comerciantes, que a pesar de que cerraban sus puertas con el mayor cuidado por la noche, se sentían inclinados a creer que aquello que la oscuridad pudiese ocultar no era asunto suyo. Las pesadillas, convenían en ello, eran un signo de extravagancia y locura, y si alguna prueba más se precisaba de que el pobre Armand había estado gravemente enajenado, sólo era necesario echar una ojeada a los peculiares libros que había escogido para leer.

En cuanto a Gaspard Gruiller, el anciano Carriere y sus amigos fueron unánimes en declararle un buen vecino. Si las plantas de su jardín capturaban y devoraban pájaros, ciertamente era peculiar, pero en Parravon no escaseaban los pájaros, y la gran mayoría eran una molestia para los demás jardineros, por lo que las actividades de Gruiller servían como beneficio público.

Y si alguna prueba más se necesitaba de que el jardinero era digno de vivir entre los honestos comerciantes, era universalmente conocido que era un hombre sin deudas significativas...

Material recopilado para IGARol
igarol@hotmail.com

"A Gardener in Parravon" , by Brian Craig.
in *Ignorant Armies*, Published by GW Books
A division of Games Workshop Ltd.